

Grítenme, piedras del campus

Sergio González Rodríguez*

A últimas fechas he pensado mucho en la piedra. No en cualquier piedra, que tendría un sentido mágico o quizás arquitectónico, no. Me refiero a una piedra en especial, dotada de una carga de significaciones dignas de reflexión.

¿Era de basalto? ¿O era un pedazo de concreto, de ese que se tritura poco a poco por las inflexiones y los desniveles del suelo? Quiero imaginar que era casi un guijarro duro y redondo, como el que se disgrega del túmulo de la grava cuando se construye o reconstruye una obra de albañilería.

En medio de la barahúnda, la peor de todas, pero la menos inolvidable, donde el odio recalcitrante y los agravios, los recuerdos de las humillaciones, la presencia invisible de los muertos y los heridos, o la simple furia contra las instituciones y sus figuras —¡ah, el fervor anarquizante de aquellos años!—, una mano rápida intuyó la gran ofensa en un acto más bien nimio: tomar aquel guijarro y lanzarlo en nombre de todos los inconformes del mundo, bueno, quizás sólo de aquellos que vivían en México en ese momento, y tras un vuelo de elipsis ligera acertar en la frente del prohombre histórico: el presidente de la República.

La situación resultaba cómica, digna de una obra de Jorge Ibargüengoitia, que sin duda debió gozar el episodio cuando lo leyó en los diarios al día siguiente: el presidente Luis Echeverría fue expulsado del *campus* de la UNAM por una turba de estudiantes agraviados por las atrocidades del gobierno durante el año de 1968.



Foto: Héctor García

La piedra chocó contra la estatua viviente que, se suponía, representaba el presidente en aquellos años. El tino del anónimo lanzador logró herir y hacer sangrar a la estatua, que sólo alcanzó a huir porque uno de sus acompañantes del Estado Mayor, un oficial apenas visible, lo condujo fuera de la multitud furibunda y lo aventó al interior de un taxi que circulaba por azar en las cercanías.

Si no hubiera habido semejante confluencia de un sirviente, un taxi y una turba que se estorbaba a sí misma —como todas—, una generación atrás de mexicanos habría sabido de un auténtico linchamiento político —no como los que se presumen ahora, cuando basta que algún periodista, o varios, critiquen, hagan mofa, caricaturicen a uno de esos “profesionales” del sistema para que se presuma un “linchamiento”. El trauma histórico nos habría ahorrado lo que vino después —en cuanto

a lo que “hubiera sido”, rebasa mi capacidad imaginativa: me quedo con lo que sé.

Claro, en tales días todos eran jóvenes, menos yo, que estaba más próximo a la niñez que a la juventud. Y, por ejemplo, Luis Echeverría era un prodigio de verborrea, potencia salival, hiperquinesia y ganas de posteridad incomparables, por fortuna. Lo mejor de todo es que tal político fue el mejor amigo de sí mismo, y supo concluir el monumento y el lugar que le pertenece en la historia con un acopio extra de ineptitud, corrupción y estulticia en verdad insólitos —bueno, ya hay entre los políticos de este principio del siglo XXI, un gran imitador suyo, también allá en Los Pinos.

Y pienso pues en la piedra porque tiradores hubo muchos, y también diversos objetos tras el blanco, pero sólo una materia privilegiada logró su objetivo. Una piedra de toque que deja que

* Crítico literario, narrador, ensayista y guionista

la mano que la envió quede atrás, perdida en la bruma de la historia —de hecho, que yo sepa, nadie ha reivindicado, ya sea por miedo, cautela o porque nunca supo lo que había hecho, ser el lanzador que atinó.

Quedémonos, así, con la piedra. Una piedra lar, una piedra *unamita* como la que más. Y volví a pensar en esta piedra cuando vi los noticiarios y las fotografías en las que un octogenario Luis Echeverría encaraba la multitud que siempre lo acompañará en sus sueños y sus pesadillas luego de salir de una comparecencia, en tanto indiciado por diversos cargos graves, incluso el de “genocidio”, en la Procuraduría General de la República. Devolvía insultos, murmuraba desprecios, provocaba a sus malquerientes, retaba a la prensa y a las cámaras de la pantalla chica —porque ya desaparecieron de los cines los noticiarios que tejían propaganda y bostezos en un encaje ya inverosímil.

Sólo faltaba que una piedra surgiera del crepúsculo de los años setenta y atravesara los desastres de la pésima administración, las devaluaciones (adiós el cambio a 12.50 pesos), las fiestas faraónicas con agua de horchata, las trenzas de doña Esther y sus olanes rancheros, el relevo lópezportillista, la abundancia y dispendio petroleros, el rapto bancario, don Q, la opacidad delamadradiana y corruptora, las ilusiones perdidas del salinato, el horror de los crímenes de Estado, la insurrección indígena, el abismo zedillesco y el engaño foxiano.

La piedra nunca llegó a la cita con la historia, sin embargo, constan las muecas de un anciano que está seguro de que jamás pisará un centímetro cua-

drado de un presidio a causa de sus responsabilidades porque... “todo se hizo conforme a derecho”.

Sin duda, a Luis Echeverría le consolará saber que más de un universitario el día de hoy juzga que el término genocidio es impropio para ser empleado en su caso, y es que, en verdad, nunca acabó con un pueblo, una etnia, una raza. ¡Bueno, sólo eso nos faltaba!, que aparte de haber consumado cantidad de abusos contra los mexicanos y las mexicanas —como se dice ahora— tu-



viéramos que conformarnos porque no fue un Adolfo Hitler en toda la línea!

Vuelvo a la piedra *unamita*. Por lo regular, se cree que la tozudez y la intolerancia, el dogmatismo y la falta de generosidad representan los componentes esenciales de dicha piedra. En efecto, lo son. Pero hay otro lado de la misma piedra que significa algo tanto o más dañino: el ejercicio de la razón como idolatría que deviene en irracionalismo. Este es un defecto implícito en los sectores ilustrados —o, como se decía antaño, antes de que éstos entraran en el ocaso, y era un sobreentendido expresarlo— la clase media ilustrada.

La piedra que agrede, lincha, golpea y apoya juicios sumarios es tan bárbara como la que, en nombre de las leyes, el Estado de Derecho, el orden de las instituciones, la legalidad, etc., vulnera las leyes, el Estado de Derecho, el orden de las instituciones, la legalidad, etc. La literalidad como traición al espíritu de las leyes ha sido el pretexto favorito de los dictadores (o de sus justificaciones). Y también de los idólatras del buen sentido, de los propagandistas presidenciales —de uno u otro signo, como diría, para la eternidad, el propio oráculo echeverraico—, del reformismo salinoide y sus politólogos, o de la tribu de quienes reducen la política al mero juego procedimental que termina por negarla y confundirla con la práctica burocrática.

La piedra tiene muchos significados simbólicos. Sobre todo, remite al ser, a lo que cohesionan y ofrece conformidad consigo mismo. Lo llamado a perdurar por encima de lo perecedero. La piedra fragmentada implica los males, la derrota y la muerte. Lo primario y el origen creador. Un guijarro sería la suma del recuerdo de una tragedia ancestral y la promesa de algo superior. Un pedazo de grava en el aire contra un blanco supremo llevaría tal signo ambivalente y contradictorio, en especial, si se evoca tal acto como una parodia iconoclasta. Más aún, si se le piensa como un gesto que se ubica entre la prepolítica y la política.

La piedra en el zapato de un país como México es ni más ni menos tal desfaseamiento entre dos diversas formas de entender la vida pública que, al final, y para desgracia de todos, se dan de la mano. ✦